

NOELIA AMARILLO

BESOS ROBADOS



Besos robados

Noelia Amarillo

© Noelia Amarillo, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Dean Drobot / Shutterstock

Primera edición: octubre de 2018
ISBN: 978-84-08-19459-0
Depósito legal: B. 18.366-2018
Composición: Realización Planeta
Impresión: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Jueves, 2 de febrero de 2017, en una barriada de Madrid

Era una parada de autobuses con anuncios de perfumes en la marquesina y un estrecho y curvo tejado rojo que no evitaba mojarse a quienes se refugiaban debajo de él. Tampoco ayudaba que la lluvia pareciera llegar desde todas las direcciones. Desde arriba, de los lados e incluso desde abajo, pues caía con tanta fuerza que rebotaba contra los charcos, salpicando a las dos personas que esperaban el autobús.

Una de ellas era un hombre con una gabardina negra más sofisticada que funcional y maletín de polipiel imitación de una gran marca. Alternaba su mirada impaciente entre la calzada y la otra persona que aguardaba en la parada. Ésta era una mujer de pelo oscuro, piel alabastrina y enormes ojos más verdes que grises. El denso flequillo negro rozaba el arco de sus estilizadas cejas, haciéndola parecer mucho más joven de lo que en realidad era. Pero lo que lo tenía hechizado no era su belleza elegante o la pronunciada uve de sus sensuales labios rojos. No. Lo que lo tenía pasmado era su inconcebible sonrisa. Una sonrisa de oreja a oreja, de esas que sólo asoman en esos raros momentos de felicidad extrema en los que todo parece maravilloso, incluido un día tan desapacible y frío como éste.

Apartó la mirada de ella, incapaz de comprender tanta euforia en un día tan gris y, usando el periódico a modo de paraguas, se asomó a la calzada. Sonrió al ver un autobús acercándose. Intentó

leer el número de línea, pero aún estaba lejos y llovía demasiado para esperar, así que regresó al escaso amparo que le proporcionaba la marquesina.

—Hay uno a punto de llegar —le comentó a su compañera en la espera.

—¡Qué maravilla! —saltó encantada ella, asomándose—. Oh, vaya, es el 513.

—Tendría que ser el 520, lleva más de quince minutos de retraso —gruñó él cabreado.

—Todos se están demorando por culpa de la lluvia. Seguro que el siguiente será el suyo —dijo animosa, ganándose una airada mirada de él—. Mi hermano es guardia urbano y sé por él que cuando llueve los vehículos deben aumentar la precaución, pues el agua que se acumula en la calzada hace que las ruedas patinen.

El hombre la miró de arriba abajo al oír tamaña estupidez. ¡Ni que las carreteras se convirtieran en lagos! Resopló desabrido y dio un paso atrás para alejarse un poco más del bordillo. ¡Con la suerte que tenía, lo más probable era que el bus parase sobre un charco, empapándolo!

La joven, al contrario que él, volvió a asomarse a la calzada y suspiró impaciente, mostrando por primera vez la inquietud que la consumía. Su autobús también llevaba retraso, media hora exactamente. Iba a llegar tarde al primer empleo que había conseguido en mucho tiempo. Miró de reojo la desvencijada maleta que la acompañaba y la sonrisa regresó a su cara. ¡Si todo salía bien, tendría trabajo para unos cuantos meses! Su empleador le había advertido que su futuro jefe le exigiría disponibilidad y entrega absolutas, pero no le importaba. Estaba acostumbrada a trabajar duro y, además, el empleo incluía alojamiento y comidas, lo que significaba que no tendría que vivir en casa de su madre durante un tiempo. Sólo por eso, ya merecía la pena.

Animada de nuevo, sonrió a la lluvia, y en ese momento una escena en el encharcado parque que había al otro lado de la calle le llamó la atención. Sin pensarlo un instante, abandonó la protección de la parada para acercarse al bus que acababa de abrir sus puertas.

El conductor estaba a punto de cerrarlas al ver que nadie subía

cuando la joven de belleza angelical y afables ojos grises, o tal vez verdes, se agarró a la puerta y puso un pie en el primer escalón mientras mantenía el otro en el asfalto.

—Disculpe, ¿adónde se dirige? —le preguntó sonriente.

—A Príncipe Pío —resopló antipático. Faltaban varias horas para que finalizara su turno, y el día se le antojaba demasiado gris como para soportar la luminosa sonrisa de la muchacha.

—Entonces ¿pasa por Puerta de Hierro?

—No, señorita. Para ir allí tiene que tomar otro autobús en Moncloa —explicó aburrido.

—Oh, entonces éste no va directo.

—Así es. ¿Va a subir? —la instó exasperado.

—Es que no quiero ir a Príncipe Pío, ¿me podría acercar a Puerta de Hierro? —Le sonrió desde la puerta, con medio cuerpo dentro del bus, impidiéndole cerrar y marcharse.

El conductor la miró atónito. ¿Se estaba burlando de él o era así de tonta?

—Lo siento, señorita, pero esto no es un taxi. ¿Va a subir o no?

—Pues no lo sé, ¿qué me aconseja que haga? —inquirió ella con una gran sonrisa.

—¿Me está tomando el pelo?

—Claro que no, sólo le pido su honesta opinión. No creo que sea adecuado ir a Príncipe Pío si quiero ir a Puerta de Hierro, pero si usted me lo aconseja le haré caso, porque mi hermano es conductor de autobús y sé que puedo fiarme del gremio.

—Mire, señorita, usted puede hacer lo que le dé la real gana —comenzó a decir furioso—, siempre y cuando no...

—¡Espere un momento! —exclamó un anciano agarrándose a la barra de la puerta. La joven se apartó para que pudiera entrar—. Menos mal que me ha dado tiempo a llegar, ya creía que se me escapaba —dijo casi sin aliento una vez dentro—. ¿Va a subir, señorita?

—Oh, no, sólo estaba charlando un poco —replicó ella con afabilidad antes de refugiarse de nuevo bajo el tejadillo de la parada.

—Pues gracias a Dios que lo ha entretenido, si hubiera perdido el autobús no habría llegado a tiempo a casa de mi hija para llevar

a mi nieto al colegio —explicó él. Luego pasó su abono por el lector y buscó un sitio en el que sentarse.

El conductor miró perplejo al anciano, a la mujer y de nuevo al anciano, negó con la cabeza y cerró la puerta. Acto seguido, con un petardeo del motor, se alejó por el asfalto mojado.

El hombre que estaba en la parada, y que no se había perdido detalle, miró asombrado a la joven, que de nuevo estaba bajo la marquesina, junto a su vieja maleta. Estaba empapada hasta los huesos, el pelo le chorreaba, las manos le temblaban por el frío y tenía la cara brillante por la lluvia. Pero la enorme sonrisa seguía ahí.

—¿Has montado esa ridícula escena para que el viejo no perdiera el autobús?

—He coincidido con él en alguna ocasión tomando el 513, así que cuando lo he visto en el parque he pensado que no le vendría mal que entretuviera al conductor —señaló ella.

—Te has empapado entera por un viejo al que no conoces —murmuró perplejo por su generosidad—. Y él ni siquiera te ha dado las gracias a ti, sino a Dios...

—¿Por qué iba a dármelas? —Ella lo miró extrañada, su sempiterna sonrisa iluminando su rostro—. No tenía modo de saber que lo estaba entreteniendo por él.

—Pero...

—Lo siento, es mi autobús, tengo que irme. —Agarró la maleta y salió de nuevo al asfalto. El transporte que la llevaría hasta su nueva vida acababa de llegar.



Jueves, 2 de febrero de 2017, en un pueblo de la Sierra Oeste de Madrid

Raúl Garrido echó un último vistazo al *storyboard*¹ de su nuevo proyecto y lo soltó en la mesa con algo muy parecido al desprecio. Cogió las fotos de los edificios y los planos de las calles en las que comenzarían a rodar en un par de días y los ojeó sin prestarles mucha atención, pues los tenía frescos en la memoria. Había pasado semanas recorriendo las localizaciones con el director de fotografía y el productor. No eran perfectas, pero era todo lo que podían conseguir dado el escaso presupuesto con el que contaban. Dejó las imágenes junto al *storyboard* y recorrió inquieto el limitado espacio de la autocaravana en la que viviría los próximos meses. Se detuvo frente a los dos bustos que había en la repisa de la ventana.

—No debería haberte traído, Paco —masculló girando una de las estatuillas para que mirase al exterior—. A ti tampoco, Paquito. —Hizo lo mismo con la otra y observó con rabia el desapacible día que se vislumbraba tras los cristales.

Si no paraba pronto de llover, tendrían que retrasar el comienzo de la grabación. Y lo último que necesitaba para colmar su escasa paciencia era tener que cambiar el plan de rodaje por culpa del maldito tiempo. La meteorología adversa era algo a lo que se había

1. Guion gráfico que muestra la estructura de una película mediante sencillas ilustraciones.

enfrentado mil veces durante su carrera, pero en sus anteriores trabajos el presupuesto podía soportar unos pocos retrasos. Todo lo contrario que pasaba con esa puñetera serie. Tenía un presupuesto limitado, los medios técnicos eran escasos y los trabajadores insuficientes, y algunos, además, estaban poco cualificados. Necesitaría el doble de personal y material para llevar a buen término una serie; al menos, una serie de primera, y la que él tenía entre manos no lo era. Aunque podría serlo, o eso esperaba el productor, pues para eso lo había contratado.

—Menudo ingenuo está hecho. —Recorrió con el índice el perfil de una de las estatuillas—. ¿Cuánto tiempo crees que tardará en darse cuenta de que he perdido mi instinto? —le preguntó con una cínica sonrisa dibujada en los labios.

Quién habría imaginado —él no, desde luego— que llegaría a un punto de su carrera en que debería estar agradecido por tener la cuestionable oportunidad de dirigir una serie de segunda. Él, Raúl Garrido, inesperado ganador del Goya a la Mejor Dirección Novel hacía más de dos décadas y flamante triunfador de la edición de 2005 por un dramón soporífero que se había ganado el favor de la crítica, que no el del público, consiguiendo seis de las preciadas estatuillas, una de ellas al mejor director.

Cogió la estatuilla de esa película, que ahora le despertaba más desprecio que orgullo.

—Doce años ya, hay que joderse lo rápido que pasa el tiempo —le dijo al Goya.

—Sobre todo si tenemos en cuenta que el último lustro lo has pasado autocompadeciéndote y desintoxicándote —señaló un hombre de unos sesenta años desde la puerta de la autocaravana.

Alto y fornido, con el pelo gris engominado al más puro estilo mafioso y vestido de manera informal con vaqueros y chaqueta negra, daba la impresión de ser un tipo indolente y despreocupado. Pero esa apariencia engañosa desaparecía cuando posaba la mirada en sus presas y sus labios se torcían en una peligrosa sonrisa que hablaba de poder, determinación y fuerza de carácter.

Se internó en el reducido espacio seguido de una mujer que no debía de llegar a los treinta.

—¿Cuándo te he dado permiso para que entres sin llamar? —le gruñó Raúl molesto.

—Me lo di yo mismo cuando conseguí el dinero para poner en marcha este tinglado —replicó él abriendo la pequeña nevera—. No me lo puedo creer, no tienes nada para beber.

—Ya no bebo, creí que era un requisito imprescindible para que me brindaras el incierto honor de darme este trabajo —señaló malhumorado.

—Una cosa es no beber y otra muy distinta es no tener siquiera una botella de agua para ofrecer a tu jefe —apuntó Miguel Alvar, afamado productor de series de televisión.

—La próxima vez avísame de que vas a invadir mi espacio personal y tendré la nevera llena...

—De alacranes —finalizó la frase Miguel. Se acomodó en uno de los estrechos sillones que rodeaban la mesa—. No podrás quejarte de la caravana que te he buscado, Garrido.

—Claro que no, Alvar, es todo un palacio —dijo Raúl con ironía—. Si no doy los pasos muy largos, hasta puedo dar seis de extremo a extremo.

—Puede que no sea muy grande, pero tiene todas las comodidades —apuntó muy seria la mujer que acompañaba al productor—. Cocina, nevera, salón, ducha...

—¿Ahora a dos sillones duros, una mesa plegable y una cocina de juguete se lo llama salón? —Raúl lo señaló todo con desprecio.

—No son dos sillones, sino tres, y un sofá rinconera para tres personas —refutó ella.

—Tres personas muy delgadas, claro está —apostilló él—. Y en los tres sillones imagino que cuentas los asientos del conductor y del acompañante...

—Por supuesto. Pueden girarse hasta quedar frente a la mesa, ¿no? —Raúl asintió remiso y ella sonrió victoriosa—. Ya lo ves, es un salón comedor en toda regla. Además, esta autocaravana posee un plus.

—¿Ah, sí? Ilústrame.

—Tiene una habitación independiente —señaló ella.

—En la que además de una cama hay un armario, una ducha, un

lavabo, un váter y un baúl que has sacado de Dios sabe qué decorado. Más que una habitación, parece el camarote de los hermanos Marx.

—Date con un canto en los dientes, Garrido, algunos miembros del equipo tienen caravanas más reducidas que deben compartir —lo reprendió el productor.

—Cierto, no me había dado cuenta hasta este mismo instante de lo limitador que es tener un presupuesto tan escaso —dijo él con evidente sarcasmo.

—Hago todo lo que puedo con lo que tengo —se quejó María.

Raúl observó a la asistente de producción. Era una mujer, más que bajita, pequeña. Delgada, de ojos saltones, barbilla afilada y pelo castaño cortado en una pulcra media melena que no le rozaba los hombros. Nadie podría imaginar jamás que bajo esa apariencia frágil había un torbellino beligerante que luchaba por cada céntimo y conseguía permisos de rodaje que *a priori* parecían imposibles.

—De eso no me cabe duda —aceptó Raúl. Se alejó de la ventana para sentarse a la mesa, frente al productor—. ¿Vas a decirme qué te ha traído aquí hoy?

—Tenía ganas de verte.

—Ya me viste ayer. Y anteayer. Y el día anterior. De hecho, llevamos toda la semana juntos, así que perdóname si no me creo tu absurda excusa.

El productor curvó los labios y mostró todos sus dientes en una amplia sonrisa que le había valido el apodo de *Jack Torrance*,² aunque, por supuesto, nadie osaba llamarlo así a la cara.

—¿Te acuerdas de la gata de mi hija pequeña? —comentó como si tal cosa.

—¿Esa que tanto odias?

—Esa que tanto me odia —lo corrigió Miguel—. Desapareció hace diez o doce días. Así, tal cual. Un día estaba en casa y al siguiente no.

2. Protagonista de *El resplandor*, personaje interpretado por Jack Nicholson en la película dirigida por Stanley Kubrick en 1980, basada en la novela homónima de Stephen King.

—Y tú, feliz cual perdiz —ironizó Raúl.

—Pasó el tiempo y pensé que no volvería a verla nunca más —continuó Alvar, ignorándolo—. Han sido unos días maravillosos. Nadie me arañaba ni me robaba mi sillón favorito ni me llenaba la ropa de pelos. Y de repente, hace dos días, me llama el veterinario y le dice a mi hija que la puñetera gata ha aparecido, o, mejor dicho, que ha sido encontrada por una jovencita encantadora que nos ha localizado por el chip que le pusimos al diabólico animal en maldita sea la hora. Así que la gata vuelve a vivir en casa.

—Te acompaño en el sentimiento —se burló Raúl.

—No, soy yo quien te acompaña a ti. —Miguel esbozó su temida sonrisa.

El director estrechó los ojos con resquemor ante la sonrisita de marras.

—Mi hija vino conmigo al veterinario, conoció a la adorable rescatadora y al hablar con ella descubrió que estaba en paro, así que me ha pedido que le consiga un trabajo.

—Y ¿vas a hacerlo? —Raúl enarcó una ceja desconfiado. Cada vez le gustaba menos el cariz que estaba tomando la historia.

—Por supuesto, jamás incumpliría una promesa hecha a mi niña. He interrogado a la joven y tiene experiencia como dependienta, pastelera y camarera.

—Métela en el camión del *catering*.

—Ése es el primer puesto que pensé para ella, pero es un contrato independiente de la productora y tienen personal de sobra —intervino María.

—Deben de ser los únicos que andan sobrados de gente —apostilló Raúl.

—Eso mismo he pensado yo —terció Miguel—, así que se me ha ocurrido contratarla como asistente para todo, así encajará en cualquier sitio en el que haga falta.

—No es mala idea —dijo Raúl receloso. ¿Qué tenía que ver él con esa historia?

—Estoy deseando quitarme el problema de encima, así que esta misma mañana le presentaré a su nuevo jefe y mañana comenzará a trabajar.

—Y ¿quién es el pobre idiota que va a tener que cargar con ella?

—Raúl lo miró suspicaz y, en respuesta, Miguel esbozó su peligrosa sonrisa Jack Torrance—. No serás capaz...

—Felicidades, Garrido, acabas de conseguir una asistente personal.

—No quiero una asistente.

—No tienes opción, ya está contratada.

—Eché a la anterior porque no necesito asistente, y eso no ha cambiado.

—No echaste a la anterior, se fue *motu proprio* tras soportarte dos semanas —lo contradijo el productor—. Era eso o acabar pegándote un tiro.

—Era una niña, demasiado sensible y blandita.

—Y tú eres demasiado hosco y exigente, además de antipático, no se nos olvide.

—¡Esto es un rodaje, no un baile de salón lleno de damiselas y caballeros pomposos!

—Dijo que le gruñías.

—Estaba constantemente revoloteando a mi alrededor, ¿qué querías que hiciera?

—Era tu asistente personal, se supone que es lo que tiene que hacer.

—Sobre todo si mi productor la ha contratado para que me vigile y le vaya con el cuento si se me ocurre volver a las andadas y meterme un par de rayas, ¿verdad?

—Por lo visto, no fue muy discreta.

—Nada discreta. Era un grano en el culo. No quiero más asistentes.

—Pues vas a tener que aguantarte.

—Ya tienes a Neus vigilándome. No necesitas a nadie más.

—En realidad, se ha negado a vigilarte —apuntó María, quien estaba disfrutando de lo lindo al ver acorralado al arisco director.

—¡Bien por ella! —se regocijó Raúl—. Por cierto, tienes que hablar con ella —se dirigió a María—. Los *breakdowns* no son como los habíamos pedido. ¡No podemos trabajar así! Faltan la mitad de

las cosas y empezamos pasado mañana. —Recorrió la autocaravana impaciente mientras enumeraba todo lo que faltaba.

María sacó su cuaderno de notas y comenzó a apuntar como una loca.

Miguel no pudo evitar sonreír de medio lado al ver cómo su intratable y arrogante director se movía por el limitado espacio como un león enjaulado. Raúl Garrido había sido una promesa del cine español. Poseía un talento innato y una visión escénica que muy pocos conseguían igualar, y no dudaba en dar el doscientos por cien de sí mismo en cada proyecto que dirigía, comportándose a veces como un verdadero tirano. Se había convertido en el niño mimado de la Academia con apenas veintiséis años y había creado una obra maestra una década después. Arrugó el ceño al recordar que fue en ese entonces cuando el díscolo director empezó a perder el control. Aunque tal vez lo había perdido mucho antes de que nadie se diera cuenta. No pasó mucho tiempo hasta que su adicción a sustancias poco recomendables se hizo demasiado evidente para tajarla, convirtiendo al niño prodigio en una fuente de problemas y un director que había que evitar. De hecho, habían pasado cinco años desde su último trabajo. De ahí la expectación que causaba su regreso.

Cogió aire despacio, tratando de calmar el repentino ataque de incertidumbre que lo había asaltado. La decisión de contratarlo había sido acertada, su inesperada vuelta al mundo de los vivos era noticia y estaba generando una publicidad que necesitaban con urgencia. Pero, en ocasiones, no podía evitar sentir ciertos reparos. Raúl Garrido podía hacer despegar la serie..., pero también podía hundirla. Sacudió la cabeza, liberándose de ese último pensamiento. Había decidido confiar en él y no iba a cambiar de opinión sin un motivo contundente. Y por ahora el esquivo director no parecía tener ninguna intención de caer en errores pasados. Aunque, por supuesto, no pensaba quitarle el ojo de encima.

Miró el reloj con el ceño fruncido, hacía rato que habían dado las doce. ¿Dónde estaba su nueva empleada?

—Se está retrasando —masculló enfadado. Si había algo que ni él ni Raúl soportaban era la impuntualidad. Desde luego, no podía decirse que la chica fuera a empezar con buen pie.

Raúl paró su nervioso paseillo y lo miró confundido.

—Si te refieres a Jota, ha tenido que acercarse al cementerio, por eso no está aquí —señaló a la defensiva.

Le había costado mucho convencer a Miguel para que contratara a su antiguo amigo como director de fotografía. Ambos se habían corrido las mismas juergas y tenían la misma mala fama.

—No, Cristina.

—¿Quién es Cristina?

—Tu nueva asistente personal.

—Reitero: no quiero ninguna asistente personal —aseveró Raúl exasperado, aunque en esta ocasión tampoco levantó la voz.

—Es una chica encantadora, muy dulce, y siempre está sonriendo. Creo que nunca he conocido a una persona tan feliz. La vas a odiar con toda tu alma —afirmó burlón Miguel—. He quedado con ella a las doce, pero se está retrasando —frunció el ceño.

—Dulce, encantadora, feliz e impuntual. Maravilloso. No podías encontrar mejor asistente para que me vuelva loco —resopló enervado, aunque un instante después sonrió con picardía—. No hay presupuesto para contratar a nadie más. Tú mismo lo dijiste hace..., déjame recordar..., ¿dos días, tal vez tres?

—No te preocupes por eso, ya lo he hablado con María y lo hemos aumentado un poco para que admita la miseria que pienso pagarle.

—¿Has añadido también los gastos de comida y alojamiento que va a ocasionar? —inquirió agarrándose a un clavo ardiendo.

—Compartiré caravana con las maquilladoras y comerá de rancho, como todos. Además, está muy delgadita, seguro que come como un pajarillo.

—Ya veo que has pensado en todo —masculló Raúl enfadado.

—Me gusta tenerlo todo bien atado, ya me conoces.

—No quiero tener una soplona pegada al culo.

—No va a vigilarte —dijo poniéndose muy serio. Era la segunda vez que le soltaba eso, y nada arruinaba más rápido una serie que el que un director se sintiera inseguro—. ¿De verdad crees que te habría ofrecido *Besos robados* si no confiara en ti? —Arqueó una ceja.

—No soy idiota, Miguel. Aún gozo de cierto prestigio en el ne-

gocio, a pesar de mi época oscura. Ésta es una producción de bajo presupuesto para una cadena que aún no ha arrancado, con la mitad del personal que se necesita para grabar, un actor principal desconocido y una actriz principal pasada de años —resumió—. No me has ofrecido ninguna ganga, ambos sabemos que la única forma de darle un poco de publicidad a este despropósito es anunciar la serie como el esperado regreso de Raúl Garrido tras su caída, así que no me vengas con milongas. Me necesitas tanto como yo a ti. Y no quiero una asistente.

—El caso es que no tienes opción. Mi hija me ha pedido que la contrate, y el único sitio en el que puedo meterla es aquí.

—Tienes por lo menos otros seis programas grabándose a tu cargo.

—Pero, como bien has dicho, ninguno tan falto de personal como éste. La chica se queda —afirmó dando por zanjado el tema.

Raúl apretó los puños con frustración y clavó una furiosa mirada en el productor. Éste se la devolvió con idéntica intensidad. El aire se tornó denso, incluso podía decirse que pequeños relámpagos de cólera surgían de los ojos de los contendientes y chisporroteaban en el aire que había entre ellos.

Y justo en ese momento tan delicado en el que la tensión alcanzaba su cota máxima, alguien abrió la puerta de la caravana.

—¿Es que nadie va a tener la consideración de llamar antes de invadir mi espacio personal?! —dijo Raúl, alzando la voz por primera vez en la mañana y volcando en el intruso su rabia.

El intruso resultó ser una mujer de unos cuarenta años. Alta y esbelta, con mirada desafiante y labios burlones. Morena de piel clara, llevaba el pelo cortado a mechones desiguales en uno de esos peinados modernos que ponían en duda la cordura del peluquero.

—Pobrecito, mi niño, ¿ya te han llevado la contraria? —dijo en un arrullo socarrón al entrar en la autocaravana. La seguía una joven que tiraba de una vieja maleta.

—No uses ese tono condescendiente conmigo, Neus —la reconvinó él—. No sé por qué te soporto.

—Porque soy la mejor ayudante de dirección que has tenido nunca, además de ser la única que no te tiene miedo.

—Ni miedo ni respeto —dijo ante su tono guasón—. Por cierto, para tu información, nos han endilgado una nueva asistente y chica para todo. Esperemos que no sea tan tierna como la anterior —masculló irritado.

—La he conocido esta mañana y es una chica dulce y alegre, un verdadero encanto.

—Maravilloso, estoy deseando conocer a la alegría de la huerta —replicó malhumorado.

—¡Eso está hecho! —Neus esbozó una pícara sonrisa—. Cristina... —señaló a la joven que la acompañaba—, éste es Raúl Garrido, tu nuevo jefe. Raúl, he aquí a tu nueva asistente. A ver si te dura un poco más que la anterior —comentó con sorna.

Cristina observó perpleja al hombre que la observaba furioso desde su metro ochenta y cinco de altura. Lo rodeaba un aura de reservada determinación y autoimpuesta soledad que no se correspondía con el talante disoluto, pretencioso y antipático que lo acusaban de tener los tertulianos de la prensa rosa televisada. Aunque, a tenor de lo que acababa de ver, antipático sí que era. También atractivo, mucho. Poseía unos rasgos inquietantes que le conferían un desconcertante encanto. Tenía los ojos pardos, tan penetrantes como perturbadores, los labios gruesos y definidos apretados en un rictus obstinado que los volvía severos y unos pómulos tan altos y tersos que cualquier modelo mataría por ellos.

Había leído en un artículo que le faltaban dos años para cumplir el medio siglo, pero a pesar de las arrugas de expresión que surcaban su frente y el tenue abanico de patas de gallo en las comisuras de sus ojos, no le echaría más de cuarenta y pocos. Daba la impresión de que el tiempo no pasaba por él, a pesar de que no se parecía en nada al director ilusionado y sonriente que había visto en antiguas galas de los Premios Goya. Tampoco al hombre perjudicado por sustancias ilegales que había copado la prensa amarilla durante unos años caóticos antes de desaparecer del mundo televisado como si se lo hubiera tragado la tierra. Se había mantenido casi cinco años apartado de los medios y éstos habían consentido en dejarlo en paz, pero con su inesperado regreso volvía a estar de actualidad.

En los últimos meses no era extraño verlo en televisión, saliendo en vídeos de dudosa calidad grabados a traición. Cada vez que aparecía en un programa, los contertulios sacaban a colación su trágico declive para luego llenar los minutos con debates funestos sobre su incapacidad de llevar a buen término la última producción de Miguel Alvar. Se recreaban en los detalles más escabrosos de su pasado, presagiándole un futuro aciago y bastante corto como director de series. Bien podía decirse que nadie daba un duro por el antiguo niño mimado del cine español, y así lo proclamaban semana tras semana ante los televidentes que esperaban su dosis de escándalos frente a la pequeña pantalla.

«Y eso debe de que amargarte. Y mucho», pensó Cristina sintiendo un ramalazo de compasión por él. Que todo el mundo imaginara lo peor de ti y diera por hecho que ibas a fracasar debía de ser muy doloroso.

Alzó la cabeza y lo obsequió con su sonrisa más radiante y amistosa, diciéndole sin palabras que en ella tendría una aliada y una amiga, no sólo una empleada.

Raúl respondió a su encantadora sonrisa frunciendo el ceño desconcertado. Esa niña debía de haberlo oído hablar con Neus. Era imposible que pensara que era bien recibida, pero entonces ¿por qué sonreía de oreja a oreja?

—Cristina Reverte, encantada de trabajar a sus órdenes —dijo ella con gran ilusión, tendiéndole la mano—. Es un placer tener la oportunidad de ver en acción a un director tan...

—¿Además de encantadora también eres aduladora? Qué maravilla —repuso él con mordacidad, ignorando su mano—. Ahórrame el discurso, por favor, no soporto las lisonjas.

—Entonces no le daré coba —replicó ella, tan desconcertada por su cruel comentario que no se había parado a pensar en lo que decía.

Raúl arqueó una ceja al oír la inesperada réplica y, por la expresión turbada que asomó al rostro de la joven, supo que ella también se había sorprendido por su respuesta. Caminó a su alrededor, observándola con los ojos entornados como si intentara averiguar sus más recónditos secretos, aunque dudaba que tuviera ninguno. Sal-

taba a la vista que era una chiquilla recién salida del cascarón. No debía de tener más de veintitrés o veinticuatro años.

Era una criatura angelical de piel translúcida y melena oscura que se derramaba por su espalda como si fuera chocolate fundido. Sus ojos eran risueños, y su boca... su boca era pura seducción. Carnosos labios rojos de marcada uve que le hicieron recordar que él todavía era un hombre con ciertos deseos e instintos, aunque éstos llevaran mucho tiempo dormidos.

Sacudió la cabeza disgustado. ¡Por Dios, era una niña! No podía sentirse atraído sexualmente por ella. Eso sería asqueroso.

—Es demasiado joven, no quiero bregar con niñas inexpertas poco acostumbradas a trabajar —gruñó dándole la espalda para dirigirse al productor—. Deshazte de ella.

Cristina abrió unos ojos como platos, atónita por tan inmerecido desprecio. ¡Los de la tele tenían razón! ¡Era un tiparraco desagradable, presuntuoso y maleducado!

—Hace años que estoy en el mercado laboral —apuntó enfadada, aunque se cuidó mucho de mostrar otra cosa que no fuera un gesto alegre—. Puedo desempeñar sin problemas cualquier trabajo que me asigne.

Raúl le echó una mirada de refilón e, ignorándola, continuó hablando con el productor.

—Romperá a llorar a la primera bronca que le eche. Y no sopor- to los llantos.

—Nunca lloro, no tiene de qué preocuparse —intervino ella, fingiendo un entusiasmo que no sentía.

—¿Te he dado la impresión de que estoy hablando contigo?
—Raúl la fulminó con la mirada.

Cristina lo miró aturdida. ¿Por qué hacía eso? No comprendía a las personas que se mostraban desagradables sin motivo, sólo por el placer de serlo. Y debería entenderlas, porque había conocido unas cuantas en su vida. De hecho, sabía por propia experiencia que la gente muy pocas veces necesitaba motivos para hacer daño.

Tomó aire y esbozó una gran sonrisa, como si no le importara en absoluto que su nuevo jefe fuera un cafre. Necesitaba el trabajo.